

ARTURO BERUMEN*

La inmortalidad de *equus*. El trabajo enajenado como el límite del derecho laboral

The Immortality of *Equus*. Alienated Works as the Limit of Labor Law

Resumen

El objetivo de este trabajo es ilustrar, con la novela *Germinal* de Emilio Zola, que el trabajo enajenado se encuentra más allá de los límites del derecho laboral, por lo cual su eficacia es y ha sido limitada. Por ello, la clase trabajadora, como los caballos mineros de la obra, nunca podrán salir vivos de la mina capitalista, aunque algunos de sus miembros puedan hacerlo en lo individual, pero no como clase.

Palabras clave: Trabajo enajenado, derecho laboral, caballos proletarios, *Germinal*

Abstract

The purpose of this piece is to illustrate, with the novel *Germinal* by Emilio Zola that alienated work finds itself farther than the limits of labor law, by which its efficacy is and has been limited. For that reason, the working class, just as the miner horses in the piece will never be able to leave the capitalist mine alive. Even though some of its members may be able to do it individually, they won't as members of a class.

Key words: Alienated work, proletarian horses, *Germinal*

Fuentes Humanísticas > Año 30 > Número 57 > II Semestre > julio-diciembre 2018 > pp. 105-124.
Fecha de recepción 05/06/17 > Fecha de aceptación 28/10/17
actodehabla@hotmail.com

* Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.



Fig. 1

Pony y acarreador en la mina de carbón de Ashington, 1934. Fotografía de Johnny, empleado de Ashington Coal Company.

<https://www.chroniclive.co.uk/news/gallery/pictures-ashington-nostalgic-feast-six-10390748>

*Mientras exista un poco de felicidad,
es posible empezar todo nuevamente.*

Emilio Zola, *Germinal*

Introducción

Desde un punto de vista marxista, podemos decir que el derecho laboral ha fracasado porque solamente se ha ocupado de regular las relaciones entre el capital y el trabajo, y ha aceptado la existencia del trabajo enajenado. Es decir, considera al trabajo, únicamente, como “un medio de vida” (Marx, 1985, p. 80), y no como “la actividad vital” como “la vida productiva misma” (1985, p. 80), según Marx. En otras palabras, el derecho del trabajo considera que el hombre “produce solamente a tono y con arreglo a la necesidad de la especie” pero no concibe

que el hombre “crea también con arreglo a las leyes de la belleza” (1985, pp. 81-82), según Marx también.

Por esta razón, al derecho laboral no le incumbe que, en el trabajo enajenado “el trabajador se siente fuera de su esencia” (Berumen, 2003, p. 121); no le interesa que el trabajador “sólo se siente en sí fuera del trabajo y en éste se siente fuera de sí”; que “cuando trabaja no es él, y sólo recobra su personalidad cuando deja de trabajar” (Marx, 1985, p. 78). O sea, que al derecho laboral no le interesa el trabajador como ser humano, sino como cosa útil, como apéndice de la máquina del capital.

Entre la máquina y la bestia

Pero fuera del trabajo, el trabajador también se siente fuera de su esencia, pues se siente un animal, ya que:

[...] sólo se siente como un ser que obra libremente en sus funciones animales, cuando come, bebe, procrea o, a lo sumo, cuando viste y acicala y mora bajo un techo, para convertirse, en sus funciones humanas, simplemente como un animal. Lo animal se trueca en lo humano y lo humano en lo animal (Marx, 1985, p. 78).

De modo que el trabajador cuando trabaja, en la sociedad capitalista, se convierte en una máquina y cuando descansa es un animal. No sólo cuando trabaja sino también cuando se divierte “no desarrolla sus libres energías físicas y espirituales, sino mortifica su cuerpo y arruina su espíritu” (Marx, 1985, p. 78). El trabajo enajenado reproduce un descanso enajenado. El tiempo de trabajo enajenado conlleva

un tiempo libre enajenado. Ambos contribuyen a la “deshumanización del hombre”, ante la cual el derecho laboral y, en realidad todo el derecho, no tan sólo es impotente sino que él mismo se contagia de la enajenación y contribuye a la misma “deshumanización humana”.

La desaparición del trabajo enajenado posibilitará que los trabajadores consideren a su trabajo como una verdadera obra de arte (Marx, 1985). Pero también, podemos agregar, el arte puede contribuir a la desaparición del trabajo enajenado, develando (*aletheia*), cuando menos, su naturaleza inhumana y enajenada, ante los ojos de los propios trabajadores y del pueblo en general.

Caballos proletarios y caballos burgueses

En este sentido, nos parece, que puede interpretarse la mejor novela de Emilio Zola, *Germinal* (1885), conocida como “el poema épico del proletariado” y la película basada en ella, llamada también *Germinal* y estelarizada por Gérard Depardieu, realizada por Claude Berri en el año 1993. Indudablemente, Zola conocía a Marx y estaba al tanto del movimiento obrero de su tiempo. Pero, no por ello, la novela se limita a ilustrar los conceptos de Marx, sino que lleva a cabo un verdadero juicio ejemplificante, en sentido kantiano (Arendt, 2003), del trabajo enajenado. Tan es así, que la riqueza de ambas obras de arte, permite su análisis no sólo desde Marx, sino también desde Sartre, Hegel y Freud, entre otros pensadores. Sólo algunos de estos aspectos intentaremos tematizar en este ejercicio de *Aletheia*, leyendo los textos de la novela y orga-

nizando nuestro análisis alrededor de la que considero la metáfora central de la novela. Veamos.

Zola compara a la clase obrera con los caballos que trabajan en el fondo de las minas. Muy al principio de la novela dice de uno de ellos:



Fig. 2

Caballo en mina de carbón

<https://www.laequitacion.com/threads/caballos-en-la-mina.20408/>

Era *Batallador*, el decano de la mina, un caballo blanco, que llevaba diez años de trabajar en el fondo. Desde hacía diez años vivía en aquel pueblo subterráneo, ocupaba el mismo rincón en la cuadra, hacía el mismo servicio a lo largo de las estrechas galerías y no había vuelto a ver la luz del sol. Estaba muy gordo, con el pelo muy reluciente, mansote y como

resignado con aquella vida tranquila, al abrigo de las desgracias de allá arriba. Además, a fuerza de vivir en tinieblas, había adquirido un instinto admirable. La vía por donde trabajaba le era tan familiar, que empujaba con la cabeza las puertas de ventilación, y la bajaba al pasar por los sitios peligrosos, a fin de no tropezar. Sin duda contaba también las vueltas que daba, porque cuando había hecho el número de viajes reglamentarios, se negaba a hacer ni uno más, y no había otro remedio que llevarle a su pesebre. Según se iba haciendo viejo, sus ojos de gato veíanse velados a veces por cierta melancolía. Quizá entrevía vagamente, en el fondo de sus sueños oscuros, el alegre molino de Marchiennes, donde había nacido, un molino situado a orillas del río Scarpe, rodeado de extensas praderas verdes siempre combatidas por el viento. Sin duda veía brillar alguna cosa en el aire, una linterna enorme, el recuerdo exacto de la cual escapaba a su imperfecta memoria de bestia. Y permanecía con la cabeza baja, agitado por un temblor convulsivo, y haciendo esfuerzos inútiles por acordarse del sol. (Zola, *s/f*, p. 58).

La comparación es notable. Tanto el caballo como el minero hacían el mismo servicio desde hacía mucho tiempo, de modo que ambos tenían un instinto admirable pero mecánico para trabajar en las estrechas galerías de las minas. También se parecen en la misma resignación de permanecer encadenados a las tinieblas. El minero, como individuo entra y sale de la mina, por supuesto. Pero el minero, como clase, no puede salir jamás de la mina y, como el caballo *Batallador*, no volverá a ver la luz del día. Es decir, está condenado

a ser minero, de generación en generación, como una maldición. Dice más adelante Zola:

Con un brazo sujetaba al viejo *Buena-muerte*, agitándolo como si fuera una bandera de miseria y de duelo cuya vista sola hiciera clamar venganza. Con frase rápida y enérgica se remontó hasta el primero de los Maheu; hizo la pintura de toda la familia gastada en la mina, explotada por la Compañía, y más muerta de hambre ahora, después de cien años de trabajo, que el primer día; y para formar el contraste, describía las familias de los Consejeros de Administración, de los accionistas cubiertos de dinero como si uno hubiese nacido para mantener a tales haraganes, como se puede mantener una querida, rompiéndose el alma para que ella no haga nada. ¿No era horrible ver a todo un pueblo que, de generación en generación, perdía la vida y la salud en el fondo de una mina, para sobornar a los ministros y para que otras familias, de generación en generación, disfrutasen de todas las delicias de la buena vida? (Zola, *s/f*, p. 293).

Y la clase obrera, como el caballo, se resignaba a vivir en las tinieblas no porque no sufriera o no se sintiera humillado, sino, como dice Sartre, porque cree que no tiene alternativa: "sus desdichas no le parecen "habituales", sino, más bien, naturales; son, eso es todo... sufrir y ser son para él lo mismo" (Sartre, 1986, p. 26).

En consecuencia, y aquí empieza a distanciarse del caballo, "sólo desde el día en que puede ser concebido otro estado de cosas una nueva luz ilumina nuestras penurias y nuestros sufrimientos y decidimos que son insoportables"

(Sartre, 1986, p. 26). Cuando haya hecho el propósito de cambiar su situación le parecerá intolerable.

Esta alternativa se la ayudará a construir el nuevo minero, Esteban Lantier, miembro de la Asociación Internacional de los Trabajadores, la de Marx. Llega a la mina el mismo día que otro caballo, *Trompeta*, que es recibido por *Batallador* con alegría y compasión:

El que bajaban aquel día era muy grande, y había sido necesario, al engancharlo en la polea, doblarle el cuello, volviéndoselo hacia un costado. El descenso duró cerca de cuatro minutos, porque se había disminuido la velocidad de la máquina por precaución. Por lo mismo, entre la gente que había abajo aumentaba la emoción. ¿Qué sucedía? ¿Irían a dejarlo en el aire, colgado en medio de las tinieblas? Al fin apareció, inmóvil como una estatua, con los ojos dilatados por el espanto. Era un caballo bayo, de unos tres años apenas, que se llamaba *Trompeta*... Empezaban a desatarlo, cuando *Batallador*, desuncido hacia un momento, se acercó a él, y alargó el cuello para oler al compañero que bajaba de la tierra... Sin duda le encontraba el olor agradable del aire libre, el olor del olvidado sol. Y de pronto rompió en un relincho alegre, que tenía tanto de gozoso saludo como de gemido de compasión. Era la bienvenida, la alegría de aquellas cosas antiguas que recordaba vagamente, la expresión de melancolía que le inspiraba aquel pobre prisionero, que no saldría ya de allí hasta después de muerto. (Zola, *s/f*, pp. 58-59).

Esteban no fue recibido con una alegría tan unánime. Por un lado, *Maheu* (el *Bata-*

llador minero), no tan sólo le consigue alojamiento, sino que lo integra a su propia familia. Pero, por otro lado, *Chaval*,¹ el esquírol, lo recibe con una gran hostilidad, al grado de que entre ambos se va a establecer una rivalidad que va a comprender desde la lucha por el amor de Catalina, hija de *Maheu* y minera también, hasta la lucha de clases que se llevará al extremo, durante la huelga que pronto se declarará contra el trabajo enajenado. El carácter y el rol de *Chaval*, durante la huelga, queda de manifiesto en el siguiente párrafo:

Deneulin se proponía romper la crisma a aquel mocetón. Desde el primer momento había comprendido que estaba lleno de vanidosa envidia. Pero antes de emplear medios violentos recurrió a la adulación, afectando sorprenderse al ver que un obrero tan bueno como él comprometiese de aquel modo su porvenir. Le dijo que hacía tiempo había pensado en él para el ascenso, y acabó por ofrecerle la primera plaza de capataz que vacase. Chaval le escuchó en silencio; primero con los puños apretados, después mucho más tranquilo. En su cerebro se verificaba una gran labor; si insistía en la huelga, jamás pasaría de ser el lugarteniente de Esteban, mientras que ahora concebía una nueva ambición: la de figurar entre los jefes. El orgullo se le subía al cabeza y le embriagaba... la verdad era que había llegado la hora de someterse. Esto no obstante, seguía diciendo que no con la cabeza; se las echaba de carácter

¹ No ha de ser casual que el nombre de este personaje evoque la palabra *cheval* que, en francés significa, precisamente, caballo.

incorruptible, dándose puñetazos en el pecho. (Zola, s/f, pp. 305-306).

El esquírolaje, que es uno de los resultados más nefastos del trabajo enajenado y va a gravitar, decisivamente, en la inautenticidad y en la abstracción del derecho laboral, va a ser uno de los ingredientes más dramáticos de *Germinal*.

La metáfora de los caballos no se circunscribe, únicamente a la clase trabajadora, sino también se extiende a la clase burguesa. Aunque no hay una identificación ni descripción de los caballos de los burgueses, en toda la historia la referencia a los caballos y a los carruajes en que se transportan, ellos y sus mujeres es constante e intencionada. Claro que los caballos burgueses, bien cuidados y bien alimentados, galopan al aire libre entre verde vegetación e iluminados por el sol y no en la oscuridad ni en la humedad ni entre el carbón como los caballos proletarios.

Maheu y Hannebeau

Sistemáticamente, Zola hace correlaciones prototípicas entre la burguesía y el proletariado comparando a los personajes más representativos de estas clases sociales en su novela. Destaca, en especial la comparación y confrontación entre el líder “natural” de los mineros, Maheu y el director de la mina La Voreux, Hennebeau.

Lo primero que hay que destacar es que ambos personajes están presentados, en el curso de la acción, con sus cualidades y defectos. Y, aunque las simpatías del autor están con el líder obrero, no por eso pinta al capitalista como si fuera la encarnación del mal. Sino que ambos se encuentran determinados por el desarro-

llo del trabajo enajenado hasta el fetichismo del capital. De hecho, se considera que tanto el trabajador como el capitalista son productos del capital (Marx, 1979).² Lo cual no impide, sino al contrario, la indignación ante la desigualdad de la calidad de vida de ambos.

Tanto el “líder” y el “director” son hombres que defienden sus puntos de vista con energía. El diálogo que sostienen para tratar de evitar la huelga, no tan solo manifiesta el carácter decidido de ambos, sino que expresa tres de los aspectos más notables del trabajo enajenado: la extracción de la plusvalía, la cosificación de las personas y la personificación de las cosas. Después de que el director intentó chantajearlo, el líder describió el proceso de plusvalía absoluta que querían incrementarles los patrones:

—Usted sabe perfectamente que no podemos aceptar el nuevo sistema de pagos [...] Se nos acusa de que apuntalamos mal. Es verdad; no empleamos en ese trabajo el tiempo que sería necesario. Pero si lo empleásemos, el jornal sería aún más pequeño de lo que es, y si ahora no es suficiente, figúrese cómo hemos de resignarnos a disminuirlos. Páguenos más y apuntalaremos mejor;

² El propio Marx advierte sobre *El capital*: “En esta obra, las figuras del capitalista y del terrateniente no aparecen pintadas, ni mucho menos, de color de rosa. Pero adviértase que aquí sólo nos referimos a las *personas* en cuanto *personificación de categorías económicas, como representantes de determinados intereses y relaciones de clase*. Quien como yo concibe el desarrollo de la formación económica de la sociedad como un proceso histórico natural, no puede hacer al individuo responsable de la existencia de relaciones de que él mismo es socialmente criatura, aunque subjetivamente se considere muy por encima de ellas” (1979, p. XV).

emplearemos en revestir y apuntalar el tiempo necesario, en vez de matarnos en la extracción, que es la única faena productiva. No hay otro arreglo posible; para trabajar es necesario cobrar... ¿Y qué han discurrido en lugar de eso? Una cosa que, por más que hacemos, no nos cabe en la cabeza. Disminuyen el precio de la carretilla y pretenden compensar esa disminución pagando aparte el revestimiento de madera. Aunque esto fuese verdad, resultaríamos perjudicados también, puesto que necesitaríamos emplear mucho más tiempo en apuntalar. Pero lo que más nos enfurece es que eso tampoco es verdad: la Compañía no nos compensa absolutamente nada; no hace sino embolsarse dos céntimos más en cada carretilla. (Zola, s/f, p. 219).

Es esto, precisamente lo que Marx llama plusvalía absoluta: "La plusvalía producida mediante la prolongación de la jornada de trabajo" (1979, p. 252). Es en los tiempos de crisis cuando se aumenta el grado absoluto de plusvalía, para tratar de compensar la caída de la tasa de ganancia del capital. Lo que para el trabajador es una disminución de sus medios de vida, para el patrón no es más que la reducción de sus costos de producción. Presuponiendo esta cosificación del trabajador, es como le contesta "el director" a los mineros, personificando al capital:

—La Compañía es una Providencia para sus operarios, y hacéis mal en amenazarla. Este mismo año ha gastado trescientos mil francos en edificar casas, que no le producen ni siquiera el dos por ciento, y no hablo de las pensiones que da, ni del carbón, ni de las medicinas. Usted que

parece tan inteligente, que ha llegado a ser en poco tiempo uno de nuestros primeros obreros, debería comprender estas verdades, en vez de frecuentar malas compañías que les perjudican [...] usted [...] debe saber los riesgos enormes que corren los capitales en la industria, especialmente en los negocios de minas... Una mina en disposición de trabajar cuesta hoy unos dos millones; ¡cuántos trabajos, cuantas fatigas antes de sacar algún beneficio! La mitad de las compañías mineras de Francia tienen que declararse en quiebra... Por lo demás, es estúpido acusar de crueldad a los que salen adelante. Cuando los obreros sufren, sufren ellas también. ¿Creéis que la Compañía no pierde tanto como vosotros en la crisis actual? No es dueña tampoco de señalar jornales, porque o se arruina o tiene que obedecer a las condiciones de la competencia. Quejaos de las circunstancias y no de ella... ¡Pero, es claro, que no queréis escuchar nada, ni comprender nada! (Zola, s/f, pp. 221-223).

La enajenación que sufre el patrón le impide ver que está considerando al capital como una persona que sufre, sufrimiento que es necesario minimizar, y al trabajador como una cosa cuyo sufrimiento no se puede evitar. De igual modo, su enajenación le hace personificar a la crisis, al decirle a los mineros que le echen la culpa las circunstancias de los bajos salarios y de todos sus males. Y los mineros le van a tomar la palabra, pues si ni el director, ni la compañía son responsables de su miseria, entonces hay que acabar con el sistema capitalista que parece ser el culpable de todo. Es él, el patrón, quien no

ha comprendido nada, como tampoco ha entendido el argumento de Esteban que, inmediatamente antes, le había dicho:

Por desgracia, nosotros deseamos que la Compañía se ocupe menos de nuestros asuntos, que, en vez de hacer el papel de Providencia, nos haga justicia, dándonos lo que nos corresponde, es decir, nuestra ganancia, que ella se embolsa ahora. ¿Es honrado eso de que cada vez que haya una crisis se deje morir de hambre a los pobres obreros para salvar los dividendos de los accionistas? ... Por más que diga el señor director, ese nuevo sistema es una disminución de jornales disimulada, y eso es lo que nos subleva; porque si la Compañía tiene que hacer economías, hace mal en realizarlas a costa de los obreros. (Zola, s/f, p. 222).

Si bien es cierto que la crisis de sobreproducción hace que las luchas de la competencia se hagan mucho más enconadas y que todos los capitalistas se ven obligados a reducir costos y que el salario es un costo, los trabajadores no pueden aceptar que sólo ellos se sacrifiquen, mientras que los patrones y sus familias incrementan su lujo y su despilfarro. Hay, tanto en la novela como en la película, una gran cantidad de escenas en las que la comparación de las condiciones de vida de las familias proletarias como de las familias burguesas genera una catarsis de indignación que nos identifica con las primeras y nos pre-dispone contra las segundas.

Catalina y Cecilia

Una de esas comparaciones que el autor lleva a cabo es la de Catalina, la hija de

Maheu y Cecilia, la sobrina del señor Gregoire, accionista de la mina. Catalina trabaja en la mina y tiene que levantarse de madrugada como los demás mineros. He aquí como lo describe Zola:

Espesas tinieblas envolvían la única habitación del primer piso, como abrumando bajo su peso el sueño de los seres que se adivinaban allí, amontonados, con la boca abierta, destrozados por el cansancio. A pesar del frío intenso del exterior, el aire enrarecido tenía un calor vivo, ese aliento caluroso de los cuartos que huelen a ganado humano [...] Tan cansada estaba Catalina que había contado, por la fuerza de la costumbre, las cuatro campanadas del reloj que oyera a través del piso de tablas sin tener ánimo para levantarse, ni para despertarse completamente. Luego, con las piernas fuera de las sábanas, tentó y acabando por encontrar los fósforos, frotó uno y encendió la vela. Pero siguió sentada en el borde del colchón, con la cabeza tan pesada, que se le iba para uno y otro lado, cediendo a la invencible necesidad de volver a dormir [...] Catalina era muy delgada para los dieciséis años que tenía; no enseñaba, fuera de la especie de funda que le servía de camisa, más que unos pies azulosos, como tatuados por el carbón, y unos brazos delicados, de una blancura de leche, que contrastaban grandemente con el color de la cara, cuyo cutis estaba ya estropeado por el continuo lavarse con jabón negro. (Zola, s/f, pp. 11-12).

Este es el despertar de la hija del proletariado. Veamos cómo se describe el despertar de la hija de la burguesía:

—¡Oh! ¡Si los señores vieran a la señorita! ... Duerme, duerme, como un lirón... Parece mentira... ¡Da gozo verla! El padre y la madre cambiaron una mirada de ternura. [...] La alcoba de Cecilia era la única habitación verdaderamente lujosa que había en la casa; estaba tapizada de seda azul, ocupada con muebles de un gusto exquisito, de doradillo con filetes azules también; aquél era un capricho de niña mimada, satisfecho por sus padres. Entre la vaga blancura de la cama, gracias a la claridad que entraba por la entreabierta colgadura, dormía la joven con la mejilla apoyada en su brazo desnudo. No era bonita, pero tenía un aspecto muy saludable; estaba siempre buena, y se hallaba completamente desarrollada a los dieciocho años; tenía unas carnes magníficas, frescas, blancas, el pelo castaño y abundante, la cara redonda con una naricita voluntariosa, ligeramente respingada. (Zola, s/f, p. 74).

El contraste, tanto en cuanto a la habitación, a las condiciones de vida y al estado de salud, no puede ser más total. Pero no se crea que por ello, a pesar de la simpatía que autor nos hace sentir por Catalina, la hija del proletariado, el contraste con Cecilia, la hija de la burguesía, es maniqueo. Pues, en primer lugar, Cecilia es una muchacha insípida, pero buena, que reparte caridad entre los hijos de los mineros en huelga contra la mina de su padre, lo cual no deja de ser paradójico y señal de mala conciencia. Catalina, por su parte, no por ser la heroína joven, deja de chocarnos su actitud sumisa ante su brutal amante, Chaval, al grado de que lo acompaña como esquírol para sabotear la huelga.

Lo que tal vez, las redime a ambas, para el lector o el espectador, es que las dos resultan ser víctimas de la situación. Catalina muere en el fondo de la mina a causa del atentado y Cecilia es ultrajada por la multitud durante los disturbios de la huelga (en la película parece a manos del abuelo Maheu, *Buenamuerte*, que se siente humillado por su caridad en medio de tanta miseria). Vale la pena comparar ambas escenas. Una de las mujeres de la burguesía quedó atrapada en medio de la turba:

Algunos desde lejos creían que era la señora Hennebeau. Otros suponían que era una amiga de la mujer del director, a quien detestaban los obreros. Pero, de todos modos, importaba poco quien fuera; lo que producía exasperación era su vestido de seda, su abrigo de pieles y su sombrero adornado con plumas. Olía bien, llevaba reloj, y tenía un cutis finísimo, que jamás había tocado el carbón.

— ¡Espera —grito la Quemada—, que te vamos a desnudar!

A nosotros nos roban eso los muy puercos —añadió la mujer de Levaque—. ¡Se abrigan con pieles, mientras los demás nos morimos de frío! [...] ¡Andad, andad; ponedla en cueros, para que aprenda a vivir [...] La injusticia había durado mucho tiempo, y era necesario obligarlas a que se vistiesen como los obreros, y no permitirles que gastaran un dineral en que les planchasen algunas enaguas. La pobre Cecilia, en medio de aquellas fieras, tiritaba de miedo, sin poderse mover, y tartamudeando sin cesar la misma frase:

— ¡Señoras, por Dios; señoras, no me hagan daño! (Zola, s/f, pp.367-368).

Por su parte, la agonía de Catalina, que había quedado atrapada en lo profundo de la mina junto con Esteban, se había prolongado ya varios días:

De pronto reinó profunda oscuridad: se había consumido la última gota de aceite de la última linterna que tenían. Oscuridad completa, absoluta; la oscuridad de la tierra, donde habían de quedar enterrados sin volver a ver jamás la luz del día [...] La muerte apaga la linterna [...] ¿Cuánto tiempo esperarían la muerte metidos en aquel nicho, sin atreverse hacer movimiento alguno, extenuados, hambrientos, sin pan y sin luz? Lo que más les hacía sufrir, era la oscuridad [...] — ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué oscuro está! Ya no eran los trigos, ni el olor a hierbas campestres, ni el canto de las alondras, ni los rayos del sol; era la mina inundada, destruida, convertida en el sepulcro donde agonizaban desde hacía tantos días [...] Aquella fue su noche de boda, celebrada en una tumba, sobre aquel suelo fangoso, obedeciendo a la necesidad de no morir sin haber sido felices siquiera un momento. Se amaron en el instante de desesperar de todo, en el momento de la muerte. (Zola, *s/f*, pp. 501-508)

La asimetría es asombrosa, hasta el final. Cecilia, en su despreocupada felicidad, tenía que sufrir, aunque fuera un poco, para aprender a vivir, mientras que Catalina, en su implacable infelicidad, tenía que ser feliz un momento, para aprender a morir.

Sexo: entre la violencia, el heroísmo y el engaño

Es, precisamente, mediante la dialéctica del placer y el dolor, los dos tiranos del hombre, al decir de Bentham y de Freud, que Zola va a llevar a delante la metáfora equina de las clases sociales. La búsqueda del placer sexual es frenética en toda la novela. Atraviesa las clases sociales de arriba y abajo. Pero no porque se considere que es un instinto natural, sino como consecuencia, también del trabajo enajenado, ya sea como compensación a la enajenación laboral de la conciencia obrera o como respuesta a la enajenación del hastío de la conciencia burguesa.

Llama la atención que, en la novela, mientras las relaciones sexuales entre los proletarios predomina la violencia, en el campo burgués lo es el engaño.

Chaval y Catalina

En relación con lo primero, nos fijaremos en la relación sexual entre el que va a ser el esquirolo de la huelga, Chaval, y Catalina, la hija del líder de los huelguistas, que es una progresiva dominación brutal del macho y la sumisión de la hembra. Desde el primer momento, el autor continúa con su metáfora equina. Menciona primero una especie de cobertizo donde los muchachos y las muchachas iban a retozar después del trabajo:

A los cien pasos tropezó (Esteban) con otras parejas. Llegó a *Requillart*, y allí, alrededor de la antigua mina en ruinas, todas las muchachas de Montsou andaban con sus novios a sus anchas. Era el sitio de cita común, el rincón apartado y

desierto donde las obreras iban a tener su primer hijo cuando no se atrevían a echarlo al mundo en otra parte. Las tablas arrancadas de la valla le abrían la entrada en el descampado que había sido la plataforma de la mina, cambiado ahora en un terreno que interceptaban a cada paso los restos de los cobertizos derrumbados [...] Todas las muchachas estaban allí como en su casa; para cada una había un rincón, un escondite donde su amante la esperaba, encima de los maderos viejos, o dentro de las carretillas inútiles. A veces las parejas estaban tan próximas que casi se codeaban; pero todos ocupados en el propio placer, tratando de no mezclarse en las operaciones del vecino. Y parecía que en torno de la cegada mina, junto a aquél pozo hartado de soltar carbón, la creación tomaba su desquite, implantando el amor libre, que, fustigado por los deseos del instinto, iba plantando hijos en los vientres de aquellas muchachas, apenas mujeres todavía. (Zola, s/f, p. 124).

Da la sensación de que los mineros y las mineras son parejas equinas que se reproducen en un antiguo establo. Dicha sensación se incrementa cuando nos señala el autor que la venganza de la naturaleza solo beneficia al capital:

¡Y todas aquellas muchachas, rendidas de cansancio, que aún tenían humor para irse por la noche para encargar chiquillos, futura carne de trabajo y de sufrimiento! Aquello seguiría así siempre, mientras ellas continuasen echando al mundo seres predestinados a la desgracia. (Zola, s/f, p. 127).

Igual que los caballos, el deseo sexual se convierte en la reproducción de la fuerza de trabajo, en la reproducción del capital variable, de una forma gratuita para el capitalismo. Lo que se interpreta como amor y placer es solo una trampa de la naturaleza y de la sociedad para reproducirse a sí mismas.

Es dentro de este contexto caballar, donde se va a manifestar el dominio de Chaval sobre Catalina. Después de comprarle una cinta azul en la tienda de Maigrat, el burgués libidinoso, se perdieron en la oscuridad de la calle:

Chaval fue a acompañar a Catalina. Iba a su lado con los brazos caídos, pero la empujaba con la rodilla y la llevaba adonde quería, como quien no hace nada. De pronto advirtió ella que se habían salido de la carretera y que estaban en el estrecho sendero que conducía a *Requillart*. Pero la joven no tuvo tiempo para enfadarse, porque él al haberla cogido por la cintura y la aturdió, acariciándola con dulces palabras que no cesaban. ¡Que tontería tener miedo! ¿Había él de desear mal a una chiquilla tan mona, a la que quería con toda su alma, a la que comería de buena gana? Y le soplabla suavemente detrás de la oreja y en el cuello, haciendo correr un estremecimiento extraño por toda la piel de su cuerpo. Ella estremecida por una sensación singular, no encontraba palabras con que responder. En efecto, parecía que Chaval la amaba [...] De pronto Catalina miró en derredor; Chaval acababa de hacerla entrar en el descampado de *Requillart* y quiso retroceder ante la oscuridad del cobertizo abandonado, hacia donde la empujaba.

—¡Oh! No, no, no ... ¡Por Dios, déjame!
 El miedo del hombre la acometía: ese miedo que contrae los músculos en un movimiento de instintiva defensa, hasta cuando las mujeres lo desean y sienten la avasalladora proximidad del varón [...] —No, no; no quiero! Te digo que soy demasiado joven. [...] De veras otro día. Esperaremos al menos a que sea mujer. El gruñó sordamente: —Pues entonces, tonta, ¿Qué te importa? [...] Nada hay que temer. Y ya no volvió a hablar. La había sujetado fuertemente, y la tiraba al suelo en un rincón del cobertizo. Ella no procuró tampoco defenderse, sometiéndose antes de tiempo a la voluntad masculina, con esa pasividad hereditaria que a todas las muchachas de su raza las había hecho caer en brazos de los hombres, de aquel modo y en medio del campo. Sus quejidos sofocados se apagaron y no se oyó más que el ardoroso respirar de Chaval. (Zola, s/f, p. 130).

El machismo de Chaval (caballo) es eminentemente caballar: empuja a Catalina con la rodilla para que salga del camino, la acomete para hacerla entrar al cobertizo, la sujeta fuertemente y la arroja al piso, y la sumisión de Catalina es hereditaria y pasiva ante el deseo del macho. Durante el desarrollo de la novela esta relación no hace más que incrementarse y sólo se libera con la muerte del caballo traidor por Esteban durante la inundación final de la mina.

Mencionaremos sólo algunos episodios de esta degradante relación sexual proletaria.

Una escena de extremada violencia es cuando Chaval, al fin descarado de su esquiolismo, se presenta en la taberna

La Ventajosa donde están los huelguistas, llevando a Catalina con él. Fanfarronea y reta a duelo a Esteban, el cual acepta. El duelo es por la huelga, pero también por Catalina. Pero como Chaval es humillado, cuando Catalina sumisa lo quiere seguir, éste le espeta:

—¡Ah! No, no y no. ¡Puesto que a quien quieres es a éste, duerme con él, grandísima bribona! ¡No vuelvas a poner los pies en mi casa, si tienes en algo tu pellejo. (Zola, s/f, p. 413).

La lucha, tanto por la huelga como por la mujer, en realidad, es una lucha por el reconocimiento, como sostiene Hegel (Berumen, 2003), o la expresión del deseo mimético (Girard, 2012).³ No es éste el lugar para confrontar ambas teorías, pero podemos ver las posibilidades seminales de su complementación, si podemos considerar, la violencia unánime del segundo como la dialéctica negativa de la lucha por el reconocimiento del primero.

Esta lucha mimética por el reconocimiento entre ambos mineros va a continuar hasta el fin, cuando se encuentran atrapados en la mina, junto con Catalina, al final de la novela. Chaval humilla a Catalina y Esteban lo mata con una piedra. Ante el cadáver de su enemigo:

Erizábasele el cabello ante el horror de aquel asesinato, y a pesar de las protestas de su educación, su corazón latía alborozado, con la bestial alegría de un apetito al fin satisfecho. Luego sintió or-

³ René Girard precisa: "El sujeto desea el objeto porque el propio rival lo desea" (2012, p. 152).

gullo de haber sido el más fuerte. ¡También él sabía matar! (Zola, s/f, p. 501).

La violencia sexual proletaria parece ser el resultado del trabajo enajenado pues tanto los hombres como las mujeres no se sienten humanos en el fondo de la mina, se sienten máquinas y fuera de ellas se sienten garras y yeguas para estar vivos.

Señor y Señora Maheu

No se crea por tanto que sólo existe la violencia sexual entre los proletarios, hay también abnegación alegría y valentía. Fijémonos en la pareja de Maheu, el líder natural de los mineros huelguistas y su mujer. En medio de la pobreza y de los problemas, mientras ella lo secaba después de su baño en la tina:

Él la volvió a coger en sus brazos; pero esta vez no la dejó. Siempre acababa el baño de aquel modo, que no en vano le frotaba tan fuerte, y le pasaba un paño limpio para secarlo, haciéndole cosquillas sin querer. Es verdad que para todos los vecinos del barrio aquella era la hora de las caricias conyugales, pues por la noche los matrimonios tenían cerca, casi encima, a veces en el mismo cuarto a toda la familia.

Él la empujaba hacia la mesa, sonriendo, con el aspecto de un hombre honrado que se entrega con delicia al único rato de placer que tiene en todo el día, y diciendo que aquello era el postre de la comida, un postre que no costaba nada. Y ella entusiasmada también se resistía un poco, pero en broma.

– ¡Qué tonto eres, Dios mío! ¡Qué tonto! ... ¡Y Estrella que nos está mirando!... ¡Espera que le vuelva la cabeza! – ¡Eh! ¿Acaso se entiende de esto a su edad? (Zola, s/f, p. 116).

Esta escena amorosa, aunque fugaz, nos ilustra sobre el sentido humano que el amor le puede dar al sexo, aún en medio de condiciones de promiscuidad y pobreza. Claro que son momentos fugaces, los problemas de la huelga nos obligan a dejarlos a un lado, incluso a los protagonistas. Aunque la mujer de Maheu (nunca se dice su nombre propio) que siempre lo está previniendo de no tener problemas con los dueños de la mina, cuando la huelga se desata, su firmeza es aún mayor que la de su esposo. Cuando éste, agobiado por el hambre, el cansancio y la falta de esperanza en el triunfo, es ella no sólo quien lo estimula sino que lo presiona, incluso lo acusa de cobarde a él y a Esteban para que no se rindan:

La mujer de Maheu, inmóvil y silenciosa hasta aquel momento, estalló de pronto, y empezó a gritarle y a insultarle (a Esteban) como si ella fuese otro hombre.

– ¡Qué! ¿Qué dices? ... ¿Y eres tú quien aconseja eso, canalla?

– Esteban quiso dar razones; pero ella no se lo consintió.

– ¡No lo repitas, vive Dios! ¡No lo repitas, o mujer y todo te estampo los cinco dedos en la cara! ¿Es decir, que nos estamos muriendo desde hace dos meses; que he vendido cuanto tenía en mi casa; que mis hijos han caído enfermos, y ahora, sin hacer nada, vamos a transigir con la injusticia? ... Mira, cuando pienso en ello la sangre me ahoga. ¡No, no y no! ¡Antes

que rendirme ahora, lo quemaría todo, mataría a todo el mundo!

Maheu empezó de nuevo a pasear; ella señalándole, añadió con gesto amenazador:

—¡Escucha: si mi marido vuelve al trabajo, yo seré quien lo espere a la salida para escupirle y abofetearle, llamándole cobarde! (Zola, s/f, p. 400).

Que su determinación era firme lo demuestra que, a pesar de que una de sus hijas ha muerto de hambre, es ella la que impulsa a la muchedumbre y a su marido a no retroceder ante la tropa que han mandado para reprimir el movimiento.

De pronto, al ver que su marido vacila, le increpa:

—¡Vive Dios! ¿Coges eso, o no? ¿Tendré que escupirte a la cara delante de la gente, para que no seas cobarde?

Maheu se puso muy colorado y, cogiendo los ladrillos y haciéndolos pedazos, empezó a tirarlos también. Ella lo animaba y lo azuzaba, gritándole palabras de muerte y de exterminio; y él aturdido, avanzando, avanzando, acabó por encontrarse en frente de los fusiles. (Zola, s/f, p. 435).

Y lo temido pero no esperado sucedió:

Maheu, herido en mitad del corazón, dio vuelta sobre sí mismo y cayó sobre un charco de agua ennegrecida por el carbón.

La Maheu se agachó con aire extraviado, de idiota.

—Oye, levántate —dijo— ¿Verdad que no es nada?

Y como tenía las manos ocupadas con Estrella, tuvo que ponérsela debajo del

brazo, para levantar la cabeza de su marido.

—¡Habla, por Dios! ¿Dónde te han herido? Maheu tenía los ojos en blanco, y la boca llena de espuma sanguinolenta.

La mujer comprendió al fin: estaba muerto. Y sentándose en el suelo, con su chiquilla debajo del brazo, como si fuese un lío de trapos, permaneció inmóvil, contemplando fijamente el cadáver. (Zola, s/f, p. 437).

A pesar de todo el dolor que le causó la muerte de su marido, la Maheu, no se rinde y amenaza a Catalina y a Esteban para que no vuelvan a la mina, cuando ya la mayoría de los mineros había cedido y se había sometido nuevamente al capital. Por eso, es muy dramático, después de la muerte de Catalina en la inundación, cuando Esteban va a despedirse de ella la encuentra en la boca de la mina:

—¡Eh! ¿Te asombra verme así? ... Es verdad que amenacé a los míos con ahogarlos si volvían a trabajar, ahora trabajo yo también, y, por tanto, debía ahogarme a mi misma... ¡Ah! Ya lo hubiese hecho, si no tuviese en casa al pobre viejo y a los chiquillos... y lo malo es que habrá que esperar cuatro o cinco años antes de que Leonor y Enrique tengan edad para venir a la mina.

Esteban no pudo dominar un gesto doloroso

—¡Ellos también!

Las pálidas mejillas de la viuda se colorearon rápidamente, y de sus ojos brotó una chispa; pero pronto paso aquel relámpago, y bajo la cabeza como anonadada bajo el peso del destino.

—¿Qué quieres? —dijo— Ellos después de nosotros ... todos han dejado aquí la piel;

ahora les toca a los pequeños. (Zola, s/f, p. 513).

El destino del obrero como clase y no sólo de él, es el destino del caballo *Batallador* que permanece dentro de la mina, aún después de todas las desgracias que suceden durante la novela. La movilidad social que tanto pregonan los apologistas del sistema, es en realidad muy limitada (Giddens, 1996, pp. 275 y ss.). Podrá moverse un poco o durante un tiempo un sector, pero la clase es como Batallador nunca saldrá de la mina, pues los hijos de los mineros siempre serán mineros o proletarios, es lo que parece decirnos el autor.

A pesar de ello, el heroísmo de la mujer de Maheu, aunque quebrada y vencida al final, nos enseña que el amor y la solidaridad entre los obreros es algo de lo que carecemos, en gran medida, las clases medias, y no se diga en las clases dominantes.

Hannebeau, su mujer y Negrel

Como dice Hegel, si el esclavo no es feliz, porque ha renunciado a ser reconocido, el amo tampoco lo es, porque sólo lo reconocen a él, quienes él no reconoce, de modo que su reconocimiento no vale como tal para él, por ello busca nuevos reconocimientos en una dialéctica negativa sin fin (Berumen, 2003). Es esta dialéctica negativa la que encontramos en la relación entre el señor *Hannebeau*, su mujer y *Negrel*, el capataz de la mina *Voreaux*.

Los personajes de Zola, no tienen nada de los estereotipos de los obreros buenos y los patrones malos. Son ver-

daderas personas con sus pasiones y sus valores, aunque condicionados por su clase social. Este es uno de los aspectos más atractivos de la novela y, en gran medida, de la película *Germinal*.

Este realismo de Zola, no excluye la simpatía o la antipatía que sentimos cuando nos describe a sus personajes. Por ejemplo, la descripción de la conducta y los sentimientos de la señora de Hennebeau hacia los mineros y mineras es realmente muy desagradable. Cuando su esposo le dice poco antes del almuerzo que tenían programado con los Gregoire por la huelga de los mineros, dice despectiva:

—¡Ah! ¿Con que se han declarado en huelga? —dijo tranquilamente la señora, después de oír el relato que su marido le hacía. —Y a nosotros, ¿Qué nos importa? ... Supongo que no hemos de suspender el almuerzo ... ¿eh? (Zola, s/f, p. 200).

Y cuando ya están en el almuerzo, en medio de las trufas, las truchas, la ensalada rusa, no acierta a entender porque los mineros no son felices:

La señora de Hennebeau, en cambio, se asombra oyendo hablar de la miseria en que viven los mineros de Montsou. Pues que, ¿no eran felices? ¡Aquellas gentes que tenían casa, lumbre y todo género de cuidados prodigados por la Compañía! En su indiferencia hacia aquellos infelices, no sabía de su vida más que la lección que aprendiera de memoria para relatársela a los parisienses que iban a visitarla en los dominios de su marido, y como acabara por creer con ella, se indignaba ante la ingratitud del pueblo. (Zola, s/f, p. 211).

Este desprecio hacia los pobres, también lo siente hacia su marido a quien engaña con su propio sobrino Negrel que es capataz de la mina. A pesar de no ser tan joven, la señora de Hennebeau, era atractiva y sobre todo, ardiente y sensual. Su marido, a pesar de que la amaba y la deseaba, le tenía demasiado respeto e incluso miedo al grado que nunca la había poseído. Su entrega al trabajo de dirección de la mina, que también es trabajo enajenado (Marx, 1979), no impedía que sospechara de las aventuras de su esposa con su sobrino. Pero es, precisamente cuando la huelga alcanza su paroxismo, que se entera, dolorosamente de la doble traición. Buscando un documento, entra al cuarto de Negrel que estaba ausente junto con su esposa, algo llamó su atención en la cama desecha:

Era un frasquito de oro, que se hallaba entre los pliegues de la arrugada sábana. En seguida advirtió que era el frasquito de éter de la señora de Hennebeau, quién jamás se separaba de él. Pero aún no comprendía de qué modo aquel objeto podía haber ido a parar a la cama de Pablo. De pronto se puso pálido como un muerto: adivinó que su mujer había dormido ahí. (Zola, s/f, p. 348).

No por ser un capitalista implacable, deja de tener sentimientos heridos por su mujer y su sobrino. Uno de los rasgos más atractivos de Zola, es que su simpatía por los obreros no le impide describir también la tragedia humana de los capitalistas que no son, necesariamente malvados, aunque también haya alguno entre ellos, como veremos más adelante. Mientras le avisan que los obreros están destruyendo

todo, permaneció anonadado en una silla contemplando la cama:

¡Su mujer había dormido allí! Después de correr el cerrojo por dentro, abrió la mano y contempló el frasquito, que había dejado impresa su huella en la carne. De pronto lo comprendió todo, se lo explicó todo; tal infamia venía ocurriendo hacía meses en su casa. Recordó su antigua sospecha, el crujir de puertas y el ruido de pasos por la mullida alfombra. Sí ¡eran los de su mujer, que subía a dormir allí! (Zola, s/f, p. 348).

Mientras le avisan que ya andan matando gente por ahí. Pero a él no le importa, está obsesionado por el crimen de su mujer y de su sobrino contra él:

¿Qué haría? Echarlos a la calle cuando volvieran de Marchiennes, como se echaba a dos bichos asquerosos que no quiere tener uno en casa. Sí, decididamente los insultaría, prohibiéndoles penetrar más en el hotel. El aire de aquel cuarto estaba emponzoñado con sus suspiros, por sus alientos confundidos; el olor sofocante que advirtiera el entrar, era el olor que exhalaba el cuerpo de su mujer, aficionada a los perfumes fuertes, que eran en ella otra necesidad carnal; y notaba el calor, el olor del adulterio vivo, que se delataba en todas partes, en las aguas del lavabo, en el desorden de la cama, en la habitación entera apestada de vicio. El furor de la impotencia le lanzó contra la cama, a la cual empezó a dar de puñetazos con verdadero frenesí, ensañándose contra aquellas ropas arrugadas por una noche entera de amor. (Zola, s/f, pp. 350-351).

El dramatismo sube de tono, cuando los huelguistas ya están debajo de los balcones de la casa, pidiendo pan. Y aunque el ya se había avergonzado de su reacción histérica:

Hallábase emponzoñado por una amargura horrible: inutilidad de todos sus esfuerzos, el eterno dolor de su existencia, la vergüenza de si mismo al pensar que adoraba a una mujer que le abandonaba de tan indigna manera.

Al pie de los balcones los gritos redoblaban con violencia.

—¡Pan, pan, pan!

—¡Imbéciles! —dijo el señor Hennebeau entre dientes y llevándose una mano al corazón [...]

—¿Soy yo acaso dichoso? Y sentía verdadera ira contra aquellos salvajes, que no comprendían sus sufrimientos. De buen grado les hubiese cedido su pingüe sueldo, por hacer la vida que hacía con sus mujeres. ¡Que no pudiera sentarlos a su mesa, hacerlos comer faisán y trufas, en tanto que él se dedicaba a la conquista de alguna muchacha detrás de los trigos, sin ocuparse en si había tenido o no otros amantes antes! (Zola, s/f, pp. 359-360).

A pesar de lo melodramático de la escena, Zola se ubica en el lugar de los protagonistas: para el director de la mina es más importante el reconocimiento sexual y amoroso, mientras que para los mineros lo es el reconocimiento de sus necesidades económicas. Esta imparcialidad del autor, le da un contrapunto a la acción que nos impide caer en un maniqueísmo fácil que le quitaría toda intensidad a la escena. Claro que nos sentimos solidarios con los obreros, pero no por eso el pa-

trón se vuelve un ser odioso e inhumano. Claro que no compartimos del todo sus ideas, pero alguna razón entrevemos en sus pensamientos:

—¡Pan, pan, pan! —gritaban las turbas.

Entonces él se exaltó, y exclamó furioso casi dominando el tumulto:

—¡Pan! ¿Basta con eso, imbéciles?

Él tenía pan, y no por eso sufría menos. Su desdichada suerte conyugal, su vida de continuo dolor, se le subía a la garganta, como si fuese a ahogarlo. No se adelantaba nada con sólo tener pan. ¿quién sería el idiota que cifraba la dicha de este mundo en el reparto de la riqueza? Estos estúpidos revolucionarios podrían demoler la sociedad, y fundar otra; pero no daría a la humanidad ni un solo goce más, ni le ahorrarían un solo pesar, asegurando a todos el pan. Por el contrario, aumentarían las desventuras de la tierra, y hasta harían rabiar a los perros de desesperación cuando los sacasen de la tranquila satisfacción del instinto, para lanzarlos al sufrimiento de las pasiones. No: la felicidad verdadera consistía en no ser y, ya que se fuese, en ser árbol o piedra; menos aún, grano de arena, que no se siente dolorido al ser pisado por la planta del hombre. (Zola, s/f, p. 360).

Recordamos, a propósito, la escena del gran inquisidor de *Los hermanos Karamasovi*, cuando acusan a Cristo de haber traído a los hombres la libertad cuando ellos querían sólo pan (Dostoyevski, 1973). Las necesidades materiales determinan a las necesidades espirituales, pero las necesidades espirituales redeterminan a las necesidades materiales. Con base en la teoría del reconocimiento de Hegel, pueden

entenderse a ambas como distintos niveles de las necesidades de reconocimiento (Berumen, 2003). La necesidad de un reconocimiento, digamos pragmático, sobre el valor del trabajo de los trabajadores y la necesidad de un reconocimiento espiritual sobre el valor de la persona del capitalista.

Y aunque el desenlace es parecido en los dos casos: ambos renuncian a la necesidad de ser reconocidos. Los mineros vuelven al trabajo y vuelven a ser caballos esclavos y el dueño de la mina se resigna a la infidelidad y se somete a su esposa, la manera de esta renuncia es muy diferente; la de los proletarios, sólo es aceptada después de que los vence el miedo de la muerte, “el señor absoluto del hombre” (Berumen, 2003, p. 78), en cambio la del burgués, bastó con que su mujer arregle el matrimonio de su amante con Cecilia, la hija de su socio, para cubrir las apariencias y asegurar las conveniencias (Zola, s/f, p. 449).

La única satisfacción efímera y contraproducente de las mujeres proletarias fue la venganza contra el burgués garañón que montaba a sus hijas para fiarles las mercancías durante la gran hambruna de la huelga. La descripción de la muerte y castración de Migrat por las mujeres es tan patética que hasta los hombres quedaron horrorizados e inmóviles (Zola, s/f, p. 375). Y todos se desbandaron ante al galope de la caballería de los gendarmes.

La muerte y la resurrección de *equus*.

En el sistema capitalista, tanto el trabajador como el patrón se encuentran enajenados de sí mismos, puesto que ambos se encuentran sujetos a la fuerza imperso-

nal del capital (Marx, 1979). El capital parece ser el mejor ejemplo o, tal vez, la causa de los procesos sistémicos del mundo moderno, en especial los procesos de autopoiesis de los sistemas, dicho en términos de Luhmann (Berumen, 2016). Es decir, parecería que los sistemas sociales se autonomizan de sus creadores y de sus operadores y buscan su propia autoconstitución y su autorreproducción, es decir, su propia autopoiesis, aún en contra de sus operadores, que no son, por otro lado, sino sistemas síquicos.

Así el fetichismo del capital de Marx, no es sino un proceso de autopoiesis sistémica, ante el cual la acción política se ha mostrado impotente. Incluso las revoluciones lo único que hacen en cambiar los soportes del sistema que, continúa con su lógica inevitable como el destino mismo (Berumen, 2016).

Esta doble perspectiva, el análisis económico y la acción política, la va a expresar Zola, en su novela *Germinal*, de una manera no tan sólo dramática, sino también de un modo si no sistémico, sí místico. Por ejemplo, como lo hemos visto más arriba, cuando los líderes de los mineros van a negociar con los dueños para no lanzarse a la huelga, la conversación concluye sin ningún arreglo, pero sí con miedos, amenazas y con un gesto simbólico muy significativo del director:

—¡Ah, amigos! Esto se complica desde el momento en que no tenéis confianza en mí. Entonces será necesario ir allá abajo. Los mineros habían seguido con la vista su gesto vago, su mano extendida hacia uno de los balcones del salón. ¿Dónde sería *allá abajo*? Sin duda París. Pero no lo sabían con seguridad: aquello se refería a un lugar lejano y terrorífico, a una región

inaccesible y sagrada, donde estaba aquel Dios desconocido en su tabernáculo. Jamás podrían verle; no hacían más que sentir como una fuerza que desde lejos pesaba sobre aquellos diez mil obreros de Monstou y, cuando el director hablaba, no era más que el oráculo por boca del cual se expresaba aquella fuerza oculta. (Zola, s/f, p. 224).

Maravillosa expresión simbólica del fetichismo sistémico del capital (Berumen, 2016), que domina tanto a los mineros como a los directivos capitalistas. El capital es una fuerza simbólica que domina a empresarios y trabajadores. A los primeros los llena de lujos y de riquezas y los atrapa por el consumismo y el hedonismo; a los segundos llena de miseria y de privaciones, y los atrapa por la necesidad y la sumisión, para que lleven a cabo la lucha de clases entre ellos.

Les introduce en la conciencia ideologías opuestas para que el acuerdo entre ellos no afecte su existencia ni su fuerza oculta. Ni la unidad de diez mil obreros puede nada contra él, sin hacer realidad la parodia del grito de Marx: *caballos proletarios del mundo uníos*.

Tal vez, el arte sea menos incapaz de oponerse a este fetichismo que el derecho laboral, cuyos legisladores no parecen haber leído el libro de Zola, pero tal vez pueda hacernos ver las razones por las cuales "*Trompeta*", tiene que morir porque "no ha podido acostumbrarse a vivir en aquellos subterráneos" (Zola, s/f, p. 426), pero Batallador siempre vuelve al trabajo enajenado: es el sacrificio que exige el mito del Capital, ese Dios desconocido en su tabernáculo, para autorreproducirse y reproducir a *equus*, eternamente, que, de igual modo, se rebelará eternamente.



Fig. 3 El caballo minero de Dícido

Fuente: <http://www.vamosacantabria.com/homenaje-al-caballo-minero/>

Bibliografía

- Arendt, H. (2003). *Conferencias sobre la filosofía política de Kant*. Trad. Carmen Corral. Barcelona: Paidós.
- Berumen, A. (2016). *El búho de Minerva*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco.
- Berumen, A. (2003). *La ética jurídica como redeterminación dialéctica del derecho natural*. México: Cárdenas.
- Dostoyevski, F. (1973). Los hermanos Karamasovi. *Obras completas*, vol. III. Trad. Rafael Cansinos Assens. Madrid: Aguilar.
- Giddens, A. (1996). *Sociología*. Trad. Teresa Albero, *et. al.* Madrid: Editorial.
- Girard, R. (2012). *La violencia y lo sagrado*. Trad. Joaquín Jordá. Barcelona: Anagrama.
- Marx, K. (1979). *El capital*, vol. I. Trad. Wenceslao Roces. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (1985). *Manuscritos económico filosóficos de 1844*. Trad. Wenceslao Roces. México: Grijalbo.
- Sartre, J. (1986). *El ser y la nada*. Trad. Juan Valmar. México: Losada.
- Zola, E. (s/f). *Germinal*. Trad. Héctor Salcedo. Barcelona: Océano.